

LA PRENSA CLANDESTINA: UN ESTUDIO DE CASO SOBRE EL PRT-ERP⁽¹⁾

Sandra Santilli¹

Resumen

Este trabajo explora la producción gráfica elaborada y publicada por los miembros del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Se estudia la estrategia comunicativa que esta agrupación argentina tuvo entre los años 1968 y 1977, periodo marcado por fuertes tensiones sociales y radicalización política. Problematizar su labor partidaria en materia comunicativa, tiene como objetivo demostrar de qué manera el fenómeno de la prensa clandestina, puso en evidencia argumentaciones que fueron el sostén y respaldo de un discurso político permeable al ejercicio de la violencia revolucionaria. Para lograr esto, se utiliza el método de análisis textual de las fuentes. Ellas están constituidas por los documentos internos de la agrupación y por los periódicos “El Combatiente” y “Estrella Roja”, expresiones éstas del Partido y del Ejército citados, respectivamente.

El trabajo permite observar que la estrategia comunicativa de la organización no fue premeditada, sino producto de la urgencia de la práctica y que, en ese tránsito, tampoco se partió de una única concepción de la comunicación. Al mismo tiempo, se muestra que tanto el periódico como los documentos partidarios, motorizaron una forma de concebir el mundo e impulsaron criterios identitarios obtusos y determinantes para los miembros del grupo. También, permite afirmar que dicha estrategia discursiva explicita una lógica general de pensamiento trascendida por la violencia.

Cabe destacar que las conclusiones del artículo, no deben concebirse como el resultado de una investigación definitiva. Se considera que las fuentes utilizadas pueden ser relacionadas con otras similares, procedentes de organizaciones revolucionarias diferentes. Asimismo, el debate al respecto de la violencia experimentada en la Argentina de aquellos años, se encuentra -en gran medida- en la agenda de los estudios académicos actuales.

Palabras clave

Prensa / clandestinidad / PRT-ERP / violencia / comunicación / historia

Abstract

This investigation, explores the graphic production manufactured and published by the members of the Revolutionary Party of the Workers (Partido Revolucionario de los Trabajadores, PRT) and the Revolutionary Army of the People (Ejército Revolucionario del Pueblo, ERP). It studies the communicative strategies that this Argentinean agrupation had between the years 1968 and 1977, period marked by strong social tensions and political radicalizations. To problematize its parity labor on a communicative way has as an objective to demonstrate of what way, the phenomenon of the clandestine press, put in evidence the argumentations that were the support and backup of a political speech adaptable to the use of the revolutionary violence. Those are constructed by the internal documents of the agrupation and by the newspapers ‘El Combatiente’ and ‘La Estrella Roja’, this expression of the Party and the Army quoted, respectively.

The work allows observing that the communicative strategy of the organization was not premeditated but a product of the urgency of the practice and, in that transition, it does not started from one conception of communication only. At the same time, it shows that the newspapers and the party documents motorized a way of seeing the world and impulse definitive and obtuse criteria of identity to the members of the group. Also it allows asserting that such discursive strategy explicites a general logic of thought, transcended by the violence.

It is remmarcable that the conclusions of the article must not be conceived as a result of a definitive investigation. It is considered that the used sources can be related to similar others, from other revolutionary organizations. Likewise the debate about the violence experimented in Argentina in those years can be found –in great measure- in the agenda of the actual academic studies.

Keywords:

Press/ clandestinity/ PRT-ERP/ violence/ communication/ history

El siguiente artículo explora la producción gráfica elaborada y publicada por los principales dirigentes políticos de una de las vertientes de la izquierda revolucionaria argentina. En efecto, se aborda un estudio exhaustivo sobre “El Combatiente” y “Estrella Roja” -dos de las publicaciones centrales editadas por el Partido Revolucionario de los Trabajadores (en adelante, PRT) y el Ejército Revolucionario del Pueblo (en adelante, ERP), respectivamente- y sobre aquellos documentos partidarios que echan luz sobre la búsqueda de un estilo discursivo. Se estudia la estrategia comunicativa que tuvo el PRT-ERP entre los años 1968/1970, momento en que la organización fundó dichos periódicos, intentando dar con ello, un fundamento a su práctica política, expandirse y legitimar su lucha, entre otras cuestiones; y 1977, año en el que terminan sus actividades. El objetivo de este trabajo se basa en problematizar la labor partidaria en su perspectiva comunicativa, y en demostrar de qué forma el fenómeno de la prensa puso en evidencia argumentaciones que fueron el sostén y el respaldo de un discurso político permeable al ejercicio de la violencia revolucionaria. La finalidad es la de explorar argumentos que se presumen decisivos para el sujeto de la acción y recapacitar sobre un discurso político particular que involucraba a sus militantes en una práctica que condujo a su tragedia.

Para el estudio, partimos de considerar que existen distintas formas de abordar una estrategia comunicativa, así como también de establecer una relación “contractual” con el enunciario, o de plantear un estilo discursivo, entre otras. Para pensar y detectar la especificidad de esta organización, hemos retomado las líneas desarrolladas por la visión lineal de la comunicación, la concepción abonada por la perspectiva sociocultural y, a su vez, se tomaron en cuenta aquellas prácticas comunicativas que se imprimieron en aquellos años, buscando transformar la realidad en absoluta oposición al sistema opresivo de dominación.

Al afrontar el análisis de las fuentes se partió de considerar a la comunicación como ética, como herramienta política que posibilitó entender que el periódico, y/o los documentos partidarios, pueden contribuir a motorizar un escenario conflictivo en la búsqueda por ganar espacios en las luchas por la significación. Tales documentos también pueden ayudar a materializar prácticas sociopolíticas en el intento por forjar sus “verdades”, dentro de un proceso de agitación, confrontación y resignificación continua. Específicamente, para el grupo de intelectuales que nos concierne, difundir y ampliar la base de sustentación ideológica a través de -por ejemplo, los periódicos- significaba no sólo ser, sino darse a conocer.

La idea fue reflexionar sobre las formas del discurso presente en los periódicos que emergieron en un contexto de fuertes tensiones sociales, radicalización política y renovación cultural.² El desafío fue comprender dichos textos en un entorno que impuso, a su vez, ciertas particularidades a la tarea intelectual del grupo en cuestión. Cabe recordar que ese trabajo intelectual estuvo mediado, muchas veces, por la clandestinidad, por la necesidad de ejercitar la tarea periodística de una forma rápida, momentánea y en función de las necesidades del momento, como así también, estuvo exigida por una serie de limitaciones inscripta en esta época singular. Es decir, a sabiendas de que cuando se analiza un texto se lo está poniendo necesariamente en relación con algo que no está en él, y de que de ello deriva la naturaleza heterogénea y fragmentaria de todo texto, es que abordamos nuestro análisis.

En los términos de Héctor Borrat pensamos al periódico como un “actor político” que está necesariamente “puesto en relaciones de conflicto con otros actores y [se constituye como un actor] especializado en la producción y la comunicación masiva de relatos y comentarios acerca de los conflictos existentes entre actores de ese y de otros sistemas” (Borrat, 1989, p. 14). A partir de dicha definición podemos afirmar que los textos son: a) producciones de sentido específicas de un universo discursivo; b) que no son construcciones inocentes o desinteresadas del entorno en que se producen, sino que, por el contrario, contribuyen a configurar la identidad de un grupo y a diferenciarlo de otros; c) que retroalimentan una visión del mundo en cuestión, es decir que legitiman un modo de interactuar y de establecer roles; y d) que consolidan consignas dentro de un marco de referencia ideológico, influyen, y/o establecen nuevos criterios de significación como materia prima para la ejecución de prácticas concretas.

El método que elegimos para la búsqueda del campo material consiste en el análisis textual de los documentos. Se considera a los documentos en tanto prácticas sociales y culturales de un grupo político y como posibilitadores de un modo de organizar la acción política. Desde este punto de vista es relevante reconocer las ideas fuerzas -en términos de Raymon Williams (1977)- de acuerdo con los objetivos de este avance de investigación, para echar luz sobre las formas de un discurso trascendido por la violencia.

En lo que respecta a PRT-ERP podemos decir que fue una organización de alcance nacional, que promulgó durante toda su trayectoria la necesidad de la lucha armada, fomentó una forma de hacer política por definición violenta y, al mismo tiempo, se consolidó como un agrupamiento clandestino, celular y vanguardista.³ Desde sus inicios y durante toda su trayectoria, estuvo abocado a trabajar tras el objetivo de lograr una revolución que levantara las banderas de la liberación nacional y social, en pos de acelerar el curso *inevitable* de la

historia -que concluiría, según se pensaba, en el agotamiento del sistema capitalista-. En julio de 1970, luego de atravesar por divisiones internas y de apuntalar la orientación encabezada por Mario Roberto Santucho, se conformó el ERP y se elaboró el primer plan de operaciones militares.⁴ Es así que se dio comienzo a lo que denominaron guerra civil revolucionaria. En poco tiempo, la organización fue produciendo e innovando en la elaboración de documentos, muchos de los cuales focalizaban en la función que debía cumplir el militante o bien, en las maneras de legitimar una lucha armada que en el proceso, iría siendo -tal como lo inferimos de sus discursos- internalizada.

Tanto “El Combatiente” como “Estrella Roja” se convirtieron en periódicos trascendentales a la hora de llevar adelante una estrategia partidaria que lograra una fuerte convicción de sus postulados, tanto en el militante como en los potenciales adherentes. De esta manera, no fue casual que por ejemplo, a partir de la fundación del ERP fueron múltiples las notas destinadas a la exaltación de la figura de sus militantes, ya sea por sus comportamientos ejemplares, porque habían sido torturados y no habían hablado, o porque habían muerto en combate, etc.⁵

Una estrategia, distintas variantes

El PRT utilizó una noción de propaganda revolucionaria que involucró un amplio abanico de opciones, que podían ir desde la puesta en circulación de la prensa escrita, hasta las mismas acciones militares de envergadura. De modo intermedio entre una y otra acción se inscribían, a su vez, las campañas de divulgación, la puesta en escena de operativos mediante acciones panfletarias y de agitación, y los relatos publicados en sus periódicos, documentos internos, volantes, y folletos de lo que sucedía en dichos operativos. Así como no hubo un plan predeterminado acerca de la propaganda, tampoco hubo un criterio lo suficientemente acotado para discernir entre lo que era propaganda de lo que no era.

El PRT-ERP se constituyó como toda organización partidaria en una máquina generadora de información, a partir de la cual -entre otras cosas- intentó divulgar sus ideas y captar para su causa revolucionaria, el mayor número de adeptos posibles. Con esa finalidad, en el marco del IV Congreso, fundó el periódico “El Combatiente” –órgano de difusión del PRT- que “se distribuyó clandestinamente desde 1968, excepto en el período de junio a setiembre de 1973 en que se vendió en la vía pública” (Seoane, 1991, p. 343). En 1970 se creó “Estrella Roja” conformándose a su vez, en el órgano de difusión oficial del ERP. Sin embargo, la distinción entre ambos periódicos no fue tan sólo de procedencia

informativa. “El Combatiente” se concibió como una prensa orientada a los “elementos políticamente conscientes del proletariado y el pueblo”, mientras que “Estrella Roja” iba destinada a “las más amplias masas proletarias y no proletarias”. Uno, ejerció una “propaganda de vanguardia” y el otro, una “propaganda de masas” respectivamente.⁶ El primero contuvo información referida a delinear la identidad de la organización, de la del militante, a comunicar el estado de situación y las políticas a implementar. “Estrella Roja”, registró de manera más sistemática el accionar armado de la guerrilla y todo lo relacionado con ella.

En líneas generales, el partido estimaba que el “arte” de la propaganda revolucionaria se desprendía de factores eminentemente prescriptivos asociados, justamente, al *deber ser* del revolucionario y de un partido de vanguardia; a aquel “deber histórico” de las nuevas generaciones en continuar una lucha iniciada en el pasado, y necesaria en el presente. Un militante que ejercía la propaganda revolucionaria tenía la función inestimable de “hacer ver” a los obreros el vínculo entre una “forma particular de explotación en su lugar de trabajo con la forma general de explotación de una sobre otra clase”, o en términos similares, tenía el propósito de hacer ver “la necesidad de la lucha de clases... contra toda burguesía y su gobierno, por la instauración de un Gobierno Revolucionario Obrero y Popular, y la construcción de una sociedad socialista”.⁷

Como se puede apreciar, el sentido primordial de la propaganda no estaba supeditado a la simple transmisión del mensaje sino a ejercer una influencia concreta en el destinatario. En este sentido, la práctica comunicacional era intrínseca a la condición de ser del militante y a su vez, todos sus valores, prácticas y apreciaciones “debían” ponerse permanentemente en juego a la hora de establecer un vínculo con el otro. De lo contrario, no podría explicarse la siguiente consideración

Cada militante del Partido debe ganarse el cariño y el respeto de las masas, no sólo por señalar el camino revolucionario sino asimismo por hacer frente a todas las injusticias y postergaciones. No sólo por denunciar la opresión y la explotación y explicarlas desde un punto de vista político revolucionario, sino asimismo por organizar las masas para luchar inmediatamente contra dichas injusticias.⁸

Evidentemente la tarea del militante en su rol propagandista emergía asociada y revitalizada no solo como, por ejemplo en un operativo armado, sino también por otras prácticas de acción como las apuntadas en la referencia. En esta ocasión, el partido planteó a sus militantes que la denuncia a la opresión, el abordaje de esa opresión desde el punto de vista político o la organización misma de las masas, se constituyeran en una herramienta

inevitable para que adhirieran partidariamente a la guerrilla. Es decir, la efectiva transmisión de un mensaje dependía de todas las acciones que el emisor-militante podía desarrollar a la hora de divulgar su propia forma de observar y actuar en el mundo, suponiendo que necesariamente iba a recibir una respuesta positiva de los receptores.

Consideraban que la sola transferencia de la propaganda a las masas era un recurso suficiente que lograba una segura adhesión del obrero a la empresa partidaria del PRT-ERP. Esa seguridad partía no solo del hecho de suponer que tenían razón en lo que escribían respecto de la historia y del análisis de la realidad, sino también por el hecho de haber construido un modelo identitario ideal, un ejemplo de militante que encarnaba la causa revolucionaria y que, una vez transmitido, se suponía lograba de por sí generar una adhesión inmediata. Ahora bien, ¿cuáles eran las características de aquel militante ideal? A modo de ejemplo, dado lo extenso del documento, se citan unas pocas líneas del manual del militante que según Daniel De Santis fue un verdadero Best Seller para la época. Dicho documento fue redactado por Julio Parra dentro de la cárcel de Rawson en 1972 y publicado en la revista “La Gaviota Blindada”, luego editado en formato de folleto. Varias de sus partes fueron publicadas también en “Nuevo Hombre”, otra edición del PRT. Entre otras cosas el manual del militante prescribía lo siguiente:

El individualista puede luchar sinceramente por la Revolución, pero quiere gozar personalmente de sus frutos. El temor de perder su vida o de resultar gravemente amputado física o mentalmente, lo corroe consciente o inconscientemente. Al encontrarse en momentos difíciles en que se pone en juego la labor de mucha gente durante mucho tiempo, cuando de su propia decisión depende avanzar o retroceder bajo el fuego enemigo, cuando de la propia decisión depende delatar o callar bajo la tortura, ante la amenaza real de una muerte simulada, el individualista tenderá a ser débil.

La pareja sólo puede, pues, basarse en una relación integral entre sus miembros, que tiene como base material la actividad social de los mismos, el rol concreto que juegan en la sociedad: el de militantes revolucionarios.

La hermosa imagen de la madre vietnamita que amamanta a su niño con el fusil a su lado, que hemos visto en algunos afiches y revistas, es todo un símbolo de esta nueva actitud revolucionaria frente a los hijos. Los vietnamitas brindan a los niños toda clase de atenciones especiales, pero cuando a veces ellos deben compartir los riesgos de la guerra, sus padres no vacilan en que así sea.

Si en la práctica corriente de la sociedad los niños que no se crían con sus padres experimentan todo tipo de problemas, no es por la carencia en sí de sus padres, sino porque las personas que los reemplazan no desempeñan en sí el papel de padre revolucionario. Es decir, porque el individualismo no permite que se trate a los niños como se trataría al propio hijo.⁹

El manual proponía desintegrar cualquier identidad previa del militante y para ello se involucraba en diferentes instancias de su vida pública y privada. Todos esos mandatos contribuyeron a formar, al mismo tiempo, una identidad revolucionaria ideal que transformó la vida del militante convirtiéndolo en un mero recurso de la revolución. Suprimió su individualidad, preparó el terreno para que no “claudicara” frente a ningún enemigo o método de tortura y estuviera dispuesto a perder su vida por la causa. Como se ve en las citas anteriores, la vida privada del militante y la crianza de los hijos también eran regladas.¹⁰ En este sentido y entre otros tantos escritos, las conmemoraciones han sido muestra de que lo transmitido en términos teóricos existía en la práctica del militante. A modo de ejemplo, en “Estrella Roja” se decía:

Sin comer, sin un peso, cotizando casi íntegro su escaso sueldo, caminando centenares de cuadras... estaba a las seis de la mañana en la puerta de una fábrica, al mediodía en otra, por la tarde en una tercera, a la noche en una manifestación o en una asamblea. Muchas veces en lugar de dormir estaba dando vuelta la manija del mimeógrafo para sacar un volante que él mismo tenía que repartir por la madrugada en las zonas fabriles. Era incansable, tenaz y abnegado.¹¹

En una carta fechada en agosto y publicada en “Estrella Roja” en octubre de 1974, un militante describió detalles al respecto de la tortura sistemática que había sufrido él y otros militantes en un centro clandestino de detención. Luego de ese relato siniestro, el revolucionario finalizó con las siguientes palabras:

Una vez más nuestra fortaleza moral se a puesto de relieve y aemos saber lo desconcertado que han quedado los agentes del orden de ver nuestra resistencia física y moral muy superior a la de ellos y nos tienen terror... Espero que esto se volantee, se lea en las asambleas populares, en actos públicos, reuniones, mientras más gente sepa más conciencia tomará de la situación en que tratan a los presos.¹²

Desde este punto de vista, podríamos aclarar que todas las atribuciones cimentadas en esa identidad sintetizaron un tipo de sujeto dispuesto a dar incluso su propia vida por la

revolución, que todo lo podía en razón de la justa causa, un tipo de sujeto que ha llegado a positivar y glorificar el horror a favor de su entidad.¹³

Un tipo de sujeto que suscribió a los requerimientos –deberes, obligaciones, riesgos, y sufrimientos- que implicaban practicar la propaganda y que aún así, el partido creía “necesario aclarar que ninguna de estas tareas, de manera alguna, debe afectar a la organización clandestina del Partido y el Ejército, que debe ser mantenida a toda costa”.¹⁴ El caso del “revolucionario” y del partido como el generador de las “verdades históricas”, han creado una circunstancia clave para el tratamiento que los miembros del colectivo pudieron realizar de la información más allá de la perspectiva estrictamente comunicacional que se manejara. Si un militante disciplinado nunca podía anteponer sus intereses u obstáculos individuales a las líneas del partido, ¿cómo era posible validar nuevas lecturas, ver al otro en sus nuevos sentidos? Tal como se planteaba la estrategia de la comunicación partidaria resultaba imposible incorporar nuevos saberes, experiencias, idearios, etc. procedentes de los propios sujetos que decían necesitar una organización, una conducción, y una guía.

Al mismo tiempo, apelar a esa figura del militante ideal solicitándole el deber de “hacer avanzar al proletariado y al pueblo hacia la necesidad de la guerra revolucionaria contra el régimen”¹⁵ utilizando como herramienta fundamental a la propaganda, era un mandato inapelable de la organización, aunque no parecía ser efectivo al logro del objetivo. Si lo pensamos en términos de análisis comunicacional, este modo de actuar deja entrever una lectura lineal de la comunicación que parte de suponer a la mera emisión de un mensaje, al acercamiento de cierta información mediante un periódico, como suficiente en sí misma para convencer, o al menos persuadir de que los motivos de la organización son también los mismos que debía tener el receptor por el solo hecho de tomar contacto con el mensaje.

Cabe aclarar que esta mirada lineal que deviene de pensar la comunicación como un modelo instrumental, con un punto de partida y un punto de llegada, no fue exclusiva de este grupo, sino el modo predominante de ver la comunicación en ese momento histórico particular. Fue recién a fines de la década del '70 e inicios de los '80 cuando los medios dejaron de ser pensados como productores de efectos y comenzaron a concebirse de manera inescindible de la cultura, reconociéndose la dimensión cultural en toda su complejidad.¹⁶

En este sentido pero también de la mano de una identidad partidaria dada y constituida, la prensa fue concebida como transportadora de un mensaje que debía ser transmitido, que debía llegar al sitio correcto. Podríamos decir entonces que el partido terminó -en lo fundamental- por hacer foco en la información y no en las subjetividades que se involucraban en el espacio comunicativo. Encauzó en gran medida su indagación

propagandística en la propuesta de lo que el militante debía “llevar” y no tanto en el conocimiento de lo que implicaba “ligarse estrechamente” con el otro.¹⁷

Aquel componente programático del discurso en el que los miembros del partido prometían ampliar y profundizar el trabajo partidario entre las masas, a partir de acentuar la “tendencia a la proletarización, a vivir y trabajar entre las masas”, venía a resolver en cierto sentido la pregunta por el modo de acercarse e intercambiar con el otro. Ahora bien, esa intención de interactuar con las masas se complementaba con otra en la que se trataba de enaltecer “cualitativamente y cuantitativamente la propaganda y la agitación, multiplicando las ediciones de propaganda, divulgando ampliamente entre las masas la literatura socialista y la línea de nuestra organización, incrementando las acciones agitativas (volanteadas y pintadas), realizando periódicamente actos agitativos”.¹⁸

Sin embargo, a pesar de haber emprendido prácticas de “proletarización”, de establecer intercambios en la fábrica, o bien de tomar un contacto directo en el barrio mediante la política de los Comités de Base, siempre sustentando sus vínculos con la propaganda escrita, no elaboraron un discurso que permitiera observar al proletario como un sujeto caracterizado por matices distinguibles. Esa ausencia de matices pudo ser una dificultad a la hora de acercar el partido a las masas y, más aún si prestamos atención a la elaboración arquetípica que hicieron del proletariado. Bajo la entidad “obrero”/ “masas” recurrieron a una verdad absoluta que se componía de un paquete signifiante en el que ese sujeto era bueno por naturaleza, explotado por los designios del capitalismo, trabajador por ejercicio y revolucionario, o al menos potencialmente, por la verdad histórica del marxismo. Es más, la excelencia de la propaganda armada, según se dijo, radicaba ciertamente “en la medida en que las acciones, comunicados, volantes, etc., se hagan con la mirada puesta en las masas, con una línea de masas y se observen perfectamente las reacciones de la gente, su estado de ánimo”.¹⁹ Aquí se manifestaba una remota posibilidad de apreciar campos significantes diferenciales, una búsqueda por traer a consideración el sentido que aportaba el otro en el intercambio. La propuesta de mirar a las masas, de explorar su estado de ánimo, quedaba supeditada a la propia perspectiva sobre el rol organizador de la propaganda. Planteaban que

sin el papel activo, ideológico, de la propaganda y agitación revolucionarias, sin la incorporación ‘desde afuera’ de las ideas revolucionarias, la vanguardia y las masas se mantienen en concepciones reformistas, populistas, espontaneístas, empíricas ... no llegan a desarrollar una conciencia revolucionaria, no llegan a la formulación de ideas y verdades profundamente revolucionarias, marxistas, leninistas.²⁰

A primera vista, se podría pensar que esta perspectiva anulaba al sujeto receptor imposibilitándolo *per se* de poder asumir posiciones revolucionarias, de incorporar ni tampoco de generar nuevas ideas. A su vez, de esa mirada podría inferirse que la simple llegada del periódico, que la simple traslación de las ideas bastaba para que la gente pensara revolucionariamente. Aparentemente el PRT-ERP consideraba que el proceso lineal en la transmisión de la información, que llevaba consigo las construcciones ideales del “revolucionario” y del “obrero”, podía resultar exitoso en términos de estrategia comunicacional.

De hecho, muchas regionales habían asumido sin más el criterio de regalar o volantear el periódico “Estrella Roja” basados en la convicción anteriormente expuesta. Pero una cosa era la estrategia comunicacional gráfica y otra, la manera en la que debía llegar el periódico a los lectores. Mattini atribuyó la resistencia a vender el periódico a la “falta de hábito del militante” y Mario Roberto Santucho la calificó de “prejuicio pequeño burgués”.

Lo interesante en aquella discusión que en febrero de 1973 convocó a los miembros del Comité Central del PRT, fue el hecho de dejar en claro –al menos en términos teóricos– el criterio que la organización avalaba sobre el carácter y el rol de la propaganda y la agitación, así como también, la de formalizar sus críticas en razón de lo que implicaba regalar un periódico. Con respecto a esto último, se señalaba que:

el criterio de regalar o volantear el periódico Estrella Roja corresponde a una concepción populista, no bolchevique, de la propaganda y la agitación, que parte de la concepción de que la gente ya piensa revolucionariamente y el periódico no hace más que mostrarles que el ERP piensa igual, que lo importante es que se ‘conozca’ el Estrella Roja sin interesar mayormente, si es discutido, analizado, apreciado, sin intentar comprobar el rol real que el periódico juega como propagandista, agitador y organizador.²¹

Con esta apreciación, Santucho pone de manifiesto la necesidad de tener en cuenta la competencia simbólica del receptor. Por otra parte, en aquella consideración de que “la gente ya piensa revolucionariamente” no fue casual que se hablara de “gente” y no de “obrero”/ “masas”. Si la visión de Mario Roberto Santucho no había cambiado respecto de lo que deberían ser como vanguardia o en la actitud que debían tomar frente al peronismo, sí había cambiado la coyuntura. La vuelta del peronismo al poder, la orientación de algunas organizaciones armadas revolucionarias que propendía al aumento de las filas de Montoneros o la propia popularidad que fue adquiriendo este grupo; al mismo tiempo que una fracción del ERP se desprendía del grupo principal y se establecían discusiones con

otras organizaciones como por ejemplo, las FAR, brindaban un clima particular propicio para aquel planteo. Por un lado, Santucho parece quejarse, de la tendencia de algunos militantes a caer en el populismo, de quienes creían que las masas pensaban de manera revolucionaria. Por otro, ponía en duda lo que parecía reflejarse en la coyuntura política acerca de que el peronismo podía ser revolucionario, porque en los hechos acortaba las distancias entre una militancia revolucionaria y una peronista. El problema para Santucho era Perón y la utilización que éste había hecho de las organizaciones armadas y el peronismo en sí mismo, considerado como generador de una alianza con la burguesía. Pero lo paradójico de aquella comprensión era el hecho de que la propia cultura política de la organización, había dejado abierta la posibilidad de que la “gente” o el “obrero” podía ser un sujeto proclive a la revolución. Finalmente, ello iba en un todo de acuerdo con la línea histórica del Partido que suponía que la opresión del sistema capitalista y, consecuentemente, el hartazgo de las masas iban a conducir necesariamente a la revolución. Mientras tanto la vanguardia política y armada del PRT-ERP debía continuar con sus actividades a la espera de conducir la insurgencia de las masas.

Siempre en torno a los modos de abordar la propaganda y la agitación, el PRT estableció en 1973: “a) su carácter de vehículo de la penetración de las ideas revolucionarias entre la vanguardia y las masas; b) su rol organizador”.²² ¿Qué significaba esto para el PRT? Que el periódico se constituía en un medio que formaba parte de la vida de los militantes, aspirantes, simpatizantes, colaboradores y contactos.²³ Era algo más que un portador de ideas, era un organizador colectivo. Se trataba de realizar una práctica social de comunicación emparentada con una lógica de trabajo, que haría posible conocer lo que pensaban sus destinatarios al respecto de lo que leían, establecer dónde llegaban sus publicaciones, quiénes las comentaban y cómo practicaban esa lectura –en grupos, en círculos, o de manera individual.²⁴ Para esto el contacto “cara a cara” se constituía en una tarea fundamental, de la misma manera que la venta directa del periódico, el hecho de involucrarse en una actividad partidaria de “intercambio” de ideas, y el de movilizar todos los recursos humanos disponibles para ese cometido, facilitaba la comunicación entre los obreros y los ayudaba a “observar” los resultados de un trabajo organizado. La idea del periódico -en términos leninistas- como un *organizador colectivo* se manifestó en su misión de “movilizar sectores de las masas”, pero específicamente en la concepción de que era en torno al periódico, en la organización de los que trabajaban para producirlo y divulgarlo, que se daría un tipo de militante “dispuesto a todo, desde salvar el honor, el prestigio y la

continuidad del partido ... hasta preparar, fijar y llevar a la práctica la insurrección armada de todo el pueblo”.²⁵

Desde este punto de vista, podría señalarse un cambio en la forma de concebir la comunicación, simplemente porque se estaba visualizando la necesidad de establecer un intercambio de conocimientos entre el enunciador-enunciatarario. Asimismo puede ser que esta concepción del periódico como “organizador colectivo” no permitiera involucrar a amplios sectores sino a grupos reducidos -pese a que declaraban lo contrario- y, puede ser también, que el intento haya sido el de lograr una práctica transformadora de ese conjunto social. Esta noción nos permite inferir que se proyectó una dimensión de la comunicación entendida como “una manera de afrontar al mundo” en el sentido de que “lo que importaba eran las relaciones humanas en sí como forma de comunicación elemental pero (sin dudas la más importante) como forma de resistencia”.²⁶ Es decir, desde este ángulo se reconocen rasgos que permiten pensar en que vieron la comunicación desde una concepción sociocultural pese a que su perspectiva más general no haya ahondado en ellos. Esos rasgos aparecen como elementos efímeros y como producto de prácticas circunstanciales.

El PRT preparó sus publicaciones como una forma de resistir y hacer frente a la “ofensiva ideológica” de los sectores burgueses, burócratas y populistas. Ahora bien, esa proyección no invalidaba el modo regente de concebir la comunicación que adoptó el PRT-ERP. Muy por el contrario, pensar en la comunicación como un modo de transformación implicaba que los actores sociales, aun no compartiendo el mismo campo simbólico, estuvieran en condiciones de entrar en diálogo y transformar su propio mundo. Según ampliaría la organización

es importante que el periódico y todo nuestro material impreso se distribuya rápidamente entre la vanguardia y las masas, así estas tendrán continuamente las líneas del Partido y del Ejército por la cual orientarse y nuestros Estrella Roja y El Combatiente serán enteramente aprovechados por la gente que se acostumbrará a prestar atención y a seguir la palabra de nuestra organización; de esta manera nuestros periódicos serán verdaderamente elementos de propaganda y organización, útiles y efectivos canales para ampliar nuestra influencia, para movilizar sectores de activistas en torno a nuestra línea y actividad, para educar política e ideológicamente a esos mismos sectores.²⁷

La explicación vuelve a la carga sobre el ejercicio de la transmisión informativa respecto de la influencia que debe obtener el periódico/organización y no sobre los cuidados, las virtudes o las enseñanzas que puede implicar el rol de la prensa como organizador colectivo. En otras palabras, la propuesta sobre la práctica comunicacional

chocaba con las concepciones políticas manifiestas en el discurso y que imposibilitaba un acercamiento concreto para una construcción colectiva. De hecho, el trabajo de los comités de base abrió la posibilidad de cuestionar ciertas verdades promulgadas por el partido. Sin embargo, ese grupo terminó componiendo otro que se denominó ERP 22 de agosto y el PRT, por su parte, reafirmando su espíritu partidario, entre otras cosas, mediante la argumentación del rol de la propaganda. Allí apareció la concepción -ya planteada- del periódico como organizador colectivo y con ella, la necesidad de involucrarse más asiduamente con el destinatario o de establecer un mayor “control” al respecto de lo que se experimentaba en la lectura de la prensa.

Al mismo tiempo, puede advertirse que la batalla de la organización en el plano de las ideas, estuvo afianzada sobre la convicción de que los medios masivos de comunicación eran los emisarios indiscutidos de la contrarrevolución imperialista. Desde este lugar, puede inferirse que la lógica comunicacional del PRT-ERP aparece influenciada fuertemente por lo que luego se consolidó en el plano teórico como la perspectiva política de la Invasión Cultural. En 1963, Francisco René Santucho explicó en una publicación de Ediciones Norte Argentino que la información recuperada por los diarios de las grandes y pequeñas ciudades de América Latina era una réplica fiel de aquella que trascendía en las agendas norteamericanas –y precisó en este sentido, la larga cadena monopólica de la información que cuenta con la actividad de agencias cablegráficas, cadenas de emisoras y televisión, sellos cinematográficos, etc. De allí, que el líder del FRIP señalara que “no puede ser más evidente la supeditación de las ideas y del periodismo al engranaje imperialista” y explicaba que el “viejo mito” de la libertad de prensa atravesaba su etapa de agonía. Para René Santucho y como una concepción que luego estuvo inscrita en la proyección del PRT, los medios eran parte integrante de la dominación ejercida por la burguesía. En este sentido, podrían rastrearse múltiples argumentaciones que han estado orientadas a entender la formación de la opinión pública como el modo en que los sectores gobernantes mantenían vigentes su dominación pero también, divulgaban una mentalidad burguesa que estaba destinada a obtener el consenso activo de los gobernados. En este último caso, los medios eran generadores de la mentalidad que los movimientos revolucionarios deberían erradicar para afianzar nuevos modos de ser y de pensar la sociedad de la que formaban parte. En 1972, Julio Parra disertaba sobre la necesidad de construir una nueva moral en las líneas planteadas por el Che Guevara acerca del Nuevo Hombre, porque según explicitaba esa era una cuestión central de los problemas que atravesaba la Guerra Revolucionaria y la

constitución de una sociedad distinta. En los términos del autor del manual de ética y moral revolucionaria que fue clave en la formación de los militantes del PRT:

La hegemonía burguesa se manifiesta en los medios de comunicación de masas que diariamente vuelcan sobre nosotros la ideología de la clase dominante no sólo en el terreno político general, sino en todos los aspectos de la vida cotidiana, proporcionando ‘modelos a imitar’ burgueses, a través de la publicidad, el radioteatro, las historietas, la crónica deportiva y mil formas.²⁸

En este sentido, el triunfo del proletariado en la política implicaba, a su vez, el problema de establecer una nueva moral acorde al programa político que desarrollaba el PRT²⁹ y, desde otra dimensión, tal como lo afirmó Parra “de lo que se trata es de hacer una verdadera revolución en nosotros mismos”.³⁰ Ese era el punto de partida que habilitaba a su grupo a promover la “dictadura del proletariado”, a conquistar el poder político, que aparecía como una disputa militar más que propia de la política.

Por otra parte, esa reflexión más meditada sobre la nueva moral, daba por hecho ciertos significantes incorporados que concernían a las formas de ver los medios masivos. Al respecto de esto, podrían establecerse al menos tres criterios básicos que la organización hizo suyos y en donde los medios eran a) agentes al servicio de minorías en el poder; b) aparatos ideológicos que promovían una colonización cultural siempre opresiva y sectaria c) una faceta complementaria de un sistema opresivo que aparecía internalizado en las vidas de los gobernados. Estas tres instancias pueden darle la complementariedad que aquella noción propuesta por Mattini necesitaba para ser entendida en su valiosa significancia. Al pensar en el objetivo que tuvo Mario Roberto Santucho con respecto a la prensa que elaboraba en el partido, Mattini ha manifestado que “el PRT pretendía contrarrestar con su propia prensa y algunas publicaciones colaterales, todo el peso de los medios de comunicación” (Mattini, 2003, p. 350).³¹

La empresa ideológica de los medios de comunicación masiva podía ser enfrentada por la propia prensa pero, asimismo, ésta se encontraba signada y era construida por la organización revolucionaria en pos de los intereses de los sectores populares, lo cual ya establecía desde la propia puesta en práctica que la prensa gráfica era una herramienta de agitación, movilización y organización de los sectores vulnerables en contraposición a un sistema opresivo e injusto. Por otra parte, a contramano del fin o el encierro irrefutable que propone la teoría de la invasión cultural en la que la misma lógica de la estructura conducía inevitablemente a concebir la idea de que una fuerza omnipotente dejaría sin acción posible al público destinatario, el PRT imaginó la posibilidad de sacar a ese público del letargo.

Sin embargo, ese sacar al público del letargo y en su objetivo de “contrarrestar ... todo el peso de los medios de comunicación” parece haber sido –en términos efectivos- una misión bastante improbable de cumplir si tenemos presente el tipo de tirada que tuvieron sus periódicos,³² el largo periodo de clandestinidad que transcurrió la organización y las dificultades que eso le trajo a su prensa.³³ Por otro lado las tareas militantes quitaban tiempo para dedicarse a los periódicos³⁴ no pudiendo competir con el tipo de organización de los grandes medios de comunicación o con la propia maquinaria gubernamental. Además, los criterios empleados para reforzar su propia identidad alejaban la posibilidad de cualquier acercamiento con los sectores combativos del peronismo como así tampoco lograba atraer a una amplia mayoría.³⁵

Al respecto de esto último, Mattini ha manifestado que M. R. Santucho “controlaba directamente casi todo lo que se escribía en el periódico y trabajaba junto con los redactores en la tarea de crear un estilo literario propio del partido (eso explica parte del estereotipamiento de la prensa del PRT)” (2003, p. 231). En 1974, un boletín interno rescataba “cinco puntos que la Redacción adoptó como base para consolidar un estilo Leninista en la literatura del Partido”, en los cuales aparecían como términos claves: “veracidad”; “profundidad”; “exposición dialéctica”; “lenguaje sencillo”; “objetividad de clases”. Se consideraba que la redacción de la información estaba sujeta a criterios como el de contar “verdades” a partir de un “lenguaje sencillo”, una “lógica clara” y siempre enfocando el análisis o las reflexiones desde una “óptica de clases”, “dialéctica”, que suponga “dos aspectos de toda contradicción para arribar en forma lógica a la síntesis superadora”.³⁶ Con esta fórmula, la prensa perredista intentó darle un estilo discursivo a sus publicaciones y lo logró en la medida en que fácilmente se las podía diferenciar de otros textos de la militancia revolucionaria.

A su vez, ese estilo discursivo no estaba inspirado tan sólo en un modo de entenderse con el destinatario, sino en una forma intrincada de concebir la comunicación como ideología de liberación. La lucha simbólica era por la apropiación de una lógica clasista que permitía pensar revolucionariamente y establecer desde el mismo esquema de afirmaciones una distancia considerable con la ideología burguesa y pequeña burguesa. La prensa revolucionaria –o si se quiere la propaganda en un sentido más amplio- era sinónimo, como ya dijimos, de denuncia, de resistencia, y también, como se puede apreciar ahora, de liberación. En este sentido, la prensa permitía desenmascarar los discursos opresivos del enemigo, advertir sobre sus estrategias de reproducción de poder, y deslegitimar sus fuentes

de argumentación. Al respecto, entre tantas otras expresiones de esta visión podemos recuperar la siguiente:

Los miembros del Ejército Revolucionario del Pueblo, no son, como los describen los explotadores y los diarios y revistas pagados por ellos, ‘un grupito de delincuentes y criminales que respondiendo a ideologías extrañas, quieren esclavizar a la Argentina, reemplazando su bandera azul y blanca por un sucio trapo rojo’. En estos, o parecidos términos se han expresado siempre los opresores para calumniar y ensuciar a quienes luchan por poner fin a las injusticias.³⁷

O también en otra coyuntura política:

La propaganda de los revolucionarios anticipando incansablemente que la clase obrera y el pueblo nada pueden esperar del gobierno que surja del comicio, aun cuando ese gobierno sea peronista y esté apadrinado por el propio Perón, hará visible posteriormente a las más amplias masas la corrección de la línea revolucionaria, acercándolas a la nueva y correcta perspectiva de la guerra revolucionaria por el socialismo.³⁸

El encuentro de posiciones con el peronismo siempre fue conflictivo. A propósito de la propaganda “populista y reformista”, de una discursiva propia del enemigo político y de aquellas razones que alejaban al destinatario –según el partido- de la mentalidad unívoca que se buscaba consolidar, se afirmaba que

“es necesario combatir enérgicamente las ideas incorrectas de conciliación de clases, incluso para ayudar a las propias organizaciones que la sustentan... a librar una enérgica lucha de clases en su propio seno, combatiendo la propaganda populista y reformista que realizan sus directores o sectores de ella”.

Aquí podríamos preguntarnos ¿sólo la visión del PRT era la expresión válida en la lucha revolucionaria? o ¿sería que no existía un militante más abnegado que el del PRT y eso los facultaba a invocar todas las verdades? La posición vanguardista los conducía a afirmar que “la superioridad de las concepciones revolucionarias, de la justa línea y posiciones de nuestro Partido, es incuestionable” y, por ello mismo se hallaban en condiciones de acercarse al trabajador o al militante revolucionario peronista para “asistir, prestarles atención, combatir con habilidad y eficacia la enfermedad político-ideológica que lo afecta”.³⁹ Desde esta impronta, ¿liberarse significaba introducirse en los “aparatos ideológicos” del partido? ¿Significaba, acaso, ajustarse a una subjetividad que se creía legítima? El planteo de la “verdad revolucionaria” no era tan solo una forma de enfrentar las propuestas ideológicas del considerado enemigo o una apuesta por delimitar elementos que contribuyeran a la propia identidad partidaria sino una cristalización emergente y resultante

de la propia praxis. Ellos eran los sujetos portadores de las “verdades revolucionarias” y al mismo tiempo, sus propios rehenes.

Conclusiones

El PRT-ERP no tuvo una estrategia comunicativa premeditada, sino que fue definiendo su propaganda revolucionaria en la urgencia de la práctica clandestina y los rápidos cambios coyunturales. Según puede inferirse de la propia actividad o de sus intentos por teorizar cómo debía encararse la propaganda, tampoco manejó una única concepción de la comunicación. De su estrategia, pueden leerse distintos modos de concebirla que pudieron entrar –por momentos- en contradicción, pero que en todos los casos, respondían a una búsqueda continua por fortalecer la organización y el propio ejercicio de la lucha armada y de la política. Tal vez sin advertirlo, esa estrategia comunicativa tuvo rasgos propios tanto de la vertiente lineal, como de la sociocultural de la comunicación; así como también de prácticas comunicativas que propendían a la transformación del medio social y del sujeto mismo. En otros momentos, utilizaron prácticas de franca oposición a un sistema opresivo de dominación.

Por otra parte, los periódicos y quienes elaboraron la discursividad del agrupamiento -los representantes- contribuyeron a fundar y a dar visibilidad pública a su identidad política e ideológica. El periódico transmitió entonces una manera de comprender el mundo estableciendo una filosofía de vida que los distinguió, a su vez, de otros agrupamientos y, por otro lado, obligó a sus miembros a definirse ideológicamente. Con estos periódicos y con otros documentos relativos al comportamiento que debía practicar el militante, se fue construyendo la figura del revolucionario ideal.

La construcción identitaria de este colectivo implicó avanzar sobre el concepto de individuo, desarticulando y anulando la propia identidad individual del militante en función de una moral revolucionaria superadora. Esa moral construida por oposición a la moral burguesa, se basó en argumentaciones que sostuvieron que el sujeto debía abandonar su particularidad, su vida privada y destinar cada aspecto de su vida a la causa revolucionaria. Así, por ejemplo, la crítica al individualismo -“propiamente burgués”- no se refirió a una práctica particular, sino que apuntó a todos los órdenes de la vida del sujeto.

Las prescripciones del manual del militante se relacionaron a distintas formas de ser en la acción colectiva partidaria pero también, en la relación con la pareja, con los niños y con el núcleo familiar en general. El manual decía que el revolucionario ideal era aquel que abandonaba los comportamientos “individualistas” propios de la moral burguesa, y

comprendía -entre otras cosas- que la pareja debía formar parte de la militancia y al mismo tiempo, que los hijos no debían estar ajenos a la misma actividad. Esa moral también se practicaba desdibujando el núcleo familiar en una comunidad abiertamente solidaria. Tal solidaridad se manifestaba incluso en el aserto de que frente a la “ausencia” de un militante - un padre caído en combate, por ejemplo- siempre vendría otro a reemplazarlo, no sólo para continuar con la causa de la revolución sino para ser padre del huérfano. En todos los ejemplos brindados aparece la firme convicción del Partido de que eran una comunidad en la que el individuo no tenía cabida y, por tanto, rechazaron cualquier idea sobre la libertad.

Del discurso construido acerca del ideal del militante, se infiere que en la ejecución de la revolución no hay elección alguna, no hay un ámbito para deliberar, sino es en el estrecho marco de las prescripciones partidarias. Es así que el militante se muestra como un miembro imposibilitado para la creación en todos los sentidos, porque no debemos olvidar que el discurso sobre la nueva moral partidaria iba acompañado de forma permanente con una interpretación de la realidad política, económica y social que no dejaba margen para la duda. La línea del Partido terminó siendo tan dura, tan cerrada, que ningún ser humano podía cumplir al pie de la letra con sus exigencias.

A su vez, se ha observado que el PRT-ERP sostuvo un discurso basado en la ética de la convicción, acentuada y reforzada desde el momento en que necesitaron sostener la lucha armada.⁴⁰ Esta ética de la convicción implicó volver una y otra vez a responsabilizar por todos los males pasados y presentes a elementos ajenos al grupo tales como: la burguesía, los agentes del imperialismo, las fuerzas represivas del estado, la prensa burguesa, sindicatos y dirigentes políticos populistas y burócratas. De este modo, no se interrogaban sobre las consecuencias prácticas de sus propias acciones. Cualquier fracaso -por ejemplo- se interpretaba como producto de la responsabilidad del otro que, tanto podía ser la consecuencia de la acción de un militante que había caído en el individualismo, como la acción atroz de las fuerzas del enemigo. No había responsabilidad en el partido, sólo había convicción.

De igual manera, la estrategia de la prensa abonaba aquella línea al omitir matices distinguibles de los potenciales lectores y al establecer una comunicación lineal confirmada por una retórica sostenida en la presencia inmutable de aquellos rasgos que le daban identidad al PRT. Además, es muy difícil encontrar en sus periódicos argumentos que rescaten a otros actores políticos, a potenciales aliados, a sus ideas o a sus prácticas, sin que caigan en la descalificación. Esos actores eran encubridores, agentes del engaño, de la

utilización, o funcionales al imperialismo y por lo tanto potenciales o reales enemigos a combatir.

El grupo se concibió en el deber histórico de asumir las luchas del pasado, haciéndose “responsable” de las muertes y del contenido “heroico” de aquellas luchas. También responsabilizó a un otro colectivo -del que pocos quedaban afuera- de ser el portador de una historia de explotación y sometimientos, y lo inscribió en un camino de continuidad con el presente. En este sentido, no importaban tanto las acciones de los hombres en concreto, sino lo que representaban dentro de la larga historia de la explotación, de la rebelión y de la revolución. Volvemos con esto a evidenciar la insignificancia del individuo, el peligro de condenar al hombre a una historia a la que probablemente no quería contribuir, de subestimar los medios; y finalmente, a alertarnos sobre las consecuencias latentes de mantener una ética de la convicción.

Por otra parte, el propio análisis nos ha llevado a caracterizar que el agrupamiento desarrolló una forma de hacer política que fue por definición violenta. Esa forma implicó la anulación de los saberes y de las prácticas de los otros y llevó a comprender limitadamente el escenario político de la época. La verdad del agrupamiento se elaboró como una verdad política absoluta y las fórmulas mediante las cuales se la llevaba a la práctica, dificultó el ejercicio de la política de los militantes entre los demás.

Por último, podemos afirmar que la estrategia discursiva evidencia el sincretismo de la lógica general de pensamiento en tiempos de creciente radicalización de la violencia. Al mismo tiempo, consideramos que desde los inicios, esa lógica prefijó las condiciones para que el grupo fuera incorporando los datos de la realidad histórica, y variados elementos teóricos, en una clave de razonamiento que no permitía abandonar el estrecho círculo de la violencia.

Referencias bibliográficas

- Borrat, H. (1989). *El periódico, actor político*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, S.A.
- Bufano, S. (2005). La vida plena. *Lucha Armada en la Argentina*, 1 (22-31). Buenos Aires.
- Calveiro, P. (2005). Antiguos y nuevos sentidos de la política y la violencia. *Lucha Armada en la Argentina*, 4 (4-19). Buenos Aires.
- Calveiro, P. (2005b). Puentes de la memoria: terrorismo de estado, sociedad y militancia. *Lucha armada en la Argentina*, 1. Buenos Aires.
- Carnovale, V. (2005). “Jugarse al cristo”: mandatos y construcción identitaria en el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP).

Entrepasados, 28. Buenos Aires. Recuperado el 20 de abril de 2010, de <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/Carnovale1.pdf>, 20/04/2010.

Carnovale, V. (2008). Política armada: el problema de la militarización en el PRT-ERP. *Lucha Armada en la Argentina*, 11, 6-29. Buenos Aires.

Ciriza, A. & Rodríguez Agüero, E. (2004-2005). Militancia, política y subjetividad. La moral del PRT-ERP. *Políticas de la memoria*, 5. Buenos Aires.

Colección Documento Histórico, 3. Buenos Aires: Infobae.

De Riz, L. (2000). *La política en suspenso 1966/1976*. Buenos Aires: Paidós.

De Santis, D. (2000). *A vencer o morir. Historia del PRT-ERP. Documentos, Tomo II*. Buenos Aires: Eudeba.

De Santis, D. (2004). *A vencer o morir. Historia del PRT-ERP. Documentos, Tomo I, Vol. I*. Buenos Aires: Nuestra América.

De Santis, D. (2004b). *A vencer o morir. Historia del PRT-ERP. Documentos, Tomo I, Vol. II*. Buenos Aires: Nuestra América.

Echeverría, María de la Paz & Martín, María Victoria. Apuntes epistemológicos en torno al estudio de la comunicación. *Sociologando*. Venezuela: Escuela de Sociología de la Universidad Central de Venezuela. Disponible en: <http://www.sociologando.org.ve/pag/index.php?id=33&idn=183>, 15-05-2010.

Hilb, C. & Lutzky, D. (1984). *La nueva izquierda argentina: 1960-1980 (Política y violencia)*. Buenos Aires: CEAL.

James, D. (comp.) (2007). *Violencia, proscripción y autoritarismo: 1955-1976*, Nueva historia Argentina, Tomo IX. Buenos Aires: Sudamericana.

James, D. (2005) *Resistencia e integración: el peronismo y la clase trabajadora argentina: 1946-1976*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Mattini, Luis (2003). *Hombres y mujeres del PRT-ERP. De Tucumán a la Tablada*. La Plata: De la Campana.

Ollier, M. M. (2005). *Golpe o revolución: la violencia legitimada, Argentina 1966-1973*. Buenos Aires: Universidad de Tres de Febrero.

Orozco, G. (1997). El reto de conocer para transformar. Medios, audiencias y mediaciones. *Comunicar*, 8, 1997.

Pozzi, P. (2004). *Por las sendas argentinas: el PRT-ERP, la guerrilla marxista*. Buenos Aires: Imago Mundi.

Santucho, J. (2004). *Los últimos guevaristas. La guerrilla marxista en la Argentina*. Buenos Aires: Byblos.

Seoane, M. (1991). *Todo o nada*. Buenos Aires: Planeta.

Terán, O. (2008). *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Terán, O. (2006). Década del 70: violencia de las ideas. *Lucha Armada en la Argentina*, 5, 20-28. Buenos Aires.

Weber, M. (1996). *El Político y el científico*. México: Coyoacán.

Weisz, E. (2006). *El PRT-ERP. Claves para una interpretación de su singularidad. Marxismo, Internacionalismo y Clasismo*. Buenos Aires: Ediciones del Centro de la Cooperación Floreal Gorini.

Williams, Raymond (1977). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ed. Península.

Notas

¹ Este trabajo presenta resultados parciales de una investigación más amplia desarrollada en el marco de la tesis de grado de la licenciatura en comunicación social con orientación periodismo –Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP. Al respecto, agradezco al Dr. Guillermo O. Quinteros por las reiteradas conversaciones sostenidas sobre los temas de este trabajo, la inteligencia en sus reflexiones, y sus esfuerzos por interpretarme. Además deseo agradecerle su desempeño como orientador y al permitirme pensar, disentir, reflexionar y discutir con mis propios prejuicios acompañando siempre mi proceso personal.

² Para un contexto local pueden consultarse los trabajos de Terán (2008); Terán (2006); Calveiro (2005); Calveiro (2005b); De Riz (2000); Hilb & Lutzky (1984); James (2005); James (2007).

³ Estas cuestiones pueden verse en: Mattini (2003); Pozzi (2004); Weisz (2006); Ollier (2005); Santucho (2004).

⁴ Este proceso se estudia en Pozzi (2004), Mattini (2003); Weisz (2006); Seoane (1991).

⁵ Al respecto, se pueden consultar los trabajos de Ciriza & Rodríguez Agüero (2004-2005); Bufano (2005); Carnovale (2008).

⁶ Las tareas del partido. (1974, 11 de septiembre). Editorial de *El Combatiente*, 134. En De Santis, D. (2000, p. 321).

⁷ Santucho, M. R., Prada, O. D. & Prieto, F. H. El único camino hasta el poder obrero y el socialismo. Ediciones El Combatiente. (1968, 25 y 26 de febrero). En De Santis, D. (2004, pp. 227-228).

⁸ RESOLUCIONES DEL V CONGRESO. (1970, 29 y 30 de julio). Ediciones El Combatiente. En De Santis (2004, p. 323).

⁹ Moral y Proletarización. (1972, Julio). *La Gaviota Blindada*. En De Santis, D. (2004b, pp. 106, 109, 112, 113). Se sabe que el autor de dicho documento fue Julio Parra.

¹⁰ Al respecto del manual, Ciriza & Rodríguez Agüero han señalado que éste fue un “un catálogo de virtudes revolucionarias de un ascetismo escalofriante” y que puede observarse que “algo interpela desde el ‘Moral’ [así lo citan las autoras] como documento que pretendía regular la vida de los y las militantes”. En sus consideraciones, en ese manual aparece la exaltación de “una forma de subjetividad plenamente absorbida por el deseo político de la revolución, de una subjetividad capaz de borrar sus límites individuales en el objetivo colectivo y apasionado de la revolución... en obediencia ciega a los mandatos del partido”. Aunque por otra parte, “latía sin lugar a dudas... un deseo de constituir sujetos autónomos, capaces de tomar el cielo por asalto convencidos de que lo hacían con plena comprensión de sus objetivos” (2004-2005, p. 91).

¹¹ ¡GLORIA A LUIS PUJALS! (1973, 21 de septiembre). *Estrella Roja*, 25. En De Santis, (2004b, p. 181)

¹² Jorge, Ramírez. CATAMARCA, 25 DE AGOSTO DE 1974. A LOS COMPAÑEROS. (1974, 7 de octubre). *Estrella Roja*, 41. En Colección Documento Histórico, 3. (p. 6).

¹³ A modo de ejemplo, lo dicho se puede observar en la siguiente cita: “Militantes y cuadros, entre ellos miembros del Comité Central, han dado su vida con honor, cayendo algunos en combate, otros asesinados en la cámara de tortura, otros ejecutados fría y premeditadamente

por el enemigo. Pero su sacrificio no ha sido en vano, su ejemplo y su sangre se han convertido en formidable aliciente que galvaniza y une cada vez más a los mejores elementos revolucionarios de nuestro pueblo en el torno al PRT, bajo la bandera y la estrella que simbolizan al Ejército Revolucionario del Pueblo”. RESOLUCIONES DEL V CONGRESO (1970) En De Santis, D. (2004, p. 283)

¹⁴ Santucho, M. R., Prada, O. D. & Prieto, F. H. El único camino hasta el poder obrero y el socialismo. (1968, 25 y 26 de febrero). En De Santis, D. (2004, p. 145). Esta concepción ya se visualizaba en el IV Congreso, aunque la diferencia es que en 1971 se debía poner en práctica.

¹⁵ RESOLUCIONES DEL V CONGRESO. (1970) En De Santis, D. (2004, p. 322)

¹⁶ Para un desarrollo más exhaustivo de este tema puede verse: Orozco, G. (1997).

¹⁷ Nos referimos, a modo de ejemplo a: “todo equipo y cada militante del Partido debe ligarse estrechamente a las masas con la preocupación central de desarrollar el Partido audazmente, llevar su nombre, el socialismo revolucionario y la concepción de la guerra revolucionaria a los más amplios sectores vía la enérgica propaganda y la agitación revolucionaria”. RESOLUCIONES DEL V CONGRESO. (1970). En De Santis (2004, pp. 322-323).

¹⁸ RESOLUCIONES DEL COMITÉ CENTRAL. (1971, Marzo). En De Santis (2004b, p. 59).

¹⁹ RESOLUCIONES DEL COMITÉ CENTRAL. (1970, Octubre). En De Santis (2004b, p. 46).

²⁰ RESOLUCIONES DEL COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO DE LOS TRABAJADORES. (1973, segunda quincena de febrero). *El Combatiente*, 76. En De Santis (2004b, p. 297).

²¹ RESOLUCIONES DEL COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO DE LOS TRABAJADORES. (1973, segunda quincena de febrero). En De Santis (2004b, pp. 297-298)

²² RESOLUCIONES DEL COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO DE LOS TRABAJADORES. (1973, segunda quincena febrero). En De Santis (2004b, p. 297)

²³ En el estatuto que surgiera en el V Congreso se postula que: “Militante del Partido es una persona entregada en cuerpo y alma a la lucha revolucionaria, cuya preocupación central, cotidiana es el desarrollo del partido, de la lucha armada y de todo otro avance de la revolución”. A su vez, el militante tanto como el aspirante debía cumplir con ciertas obligaciones apuntadas en el documento, a saber: “Se consideraba aspirante del Partido con voz y sin voto en las reuniones,... a todo compañero que haya sido presentado por otro militante del Partido y aprobado por el organismo de base al cual fue presentado, durante el lapso que la célula determine...demostrando cualidades y moral revolucionaria”. Asimismo se decía: “todo compañero que apoye fielmente la línea del Partido en su lugar de trabajo, cotiza y colabora con la organización aunque no concurra a reuniones ni haga un trabajo consecuente en algunos de los organismos partidarios. No tiene ninguno de los derechos, ni obligaciones de los militantes”. RESOLUCIONES DEL V CONGRESO. (1970) En De Santis (2004, p. 338). Pozzi, explica los distintos rangos estatutarios abalados por el partido (2004, pp. 77-78).

²⁴ Esta concepción aparece en un documento de febrero de 1973, al respecto de la problemática de la divulgación de las ideas y la aparición del ERP 22 de Agosto.

²⁵ RESOLUCIONES DEL COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO DE LOS TRABAJADORES. (1973, segunda quincena de febrero). En De Santis (2004b, p. 298). Cabe aclarar que esta frase ha sido extraída de un documento de Lenin.

²⁶ Echeverría, María de la Paz y Martín, María Victoria. “Apuntes epistemológicos en torno al estudio de la comunicación”, en *Sociologando*, Venezuela, Escuela de Sociología de la

Universidad Central de Venezuela. Extraído en:
<http://www.sociologando.org.ve/pag/index.php?id=33&idn=183>, 15-05-2010.

²⁷ RESOLUCIONES DEL COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO DE LOS TRABAJADORES. (1973, segunda quincena de febrero). En De Santis (2004b, p. 299).

²⁸ Moral y Proletarización. (1972, Julio). En De Santis, D. (2004b, p. 93)

²⁹ Claro que eso podía significar ponía en resguardo la vida del militante. Según distintos estudios –se destacan los de Ana Longoni y Vera Carnovale–, lo expuesto en los volantes también fue una forma de transmitir consignas de raigambre fuertemente moral. Longoni ha señalado que, por ejemplo, el volante “Ha muerto un revolucionario... ¡Viva la revolución!”, pone en evidencia la significancia que la muerte obtenía en la práctica guerrillera y permite aseverar que –en palabras de la autora– “la muerte (del guerrillero) alimenta la vida (de la revolución)”. Por su parte, Carnovale afirma que el lema “héroes y mártires de Trelew” que aparecía en volantes –entre otros tipos de textos– explicitaba el sentido que las figuras del mártir y el héroe tuvieron en el imaginario de la organización donde el héroe era aquel “...guerrillero que cae en combate, (...) aquél que muere asesinado a sangre fría, (...) que muere luego de conocer las formas extremas del sufrimiento físico, la tortura. Sin algunos de estos componentes, no hay héroes”. El uso de símbolos o lo que se ha convertido como tal a través de una práctica determinada constituyó un recurso congruente a la inserción de consignas claves que perpetuaban un tipo de sujeto revolucionario. En este sentido, podemos apreciar que las denominaciones de los comandos del ERP, de los comités, de ciertas reuniones, recuperaron los nombres de revolucionarios caídos, quienes a su vez aparecieron reivindicados en distintos homenajes escritos donde se propuso construir un sujeto caído como un héroe de la revolución y un legado para otros.

³⁰ Moral y Proletarización. (1972, Julio). En De Santis, D. (2004b, p. 97).

³¹ Puede apreciarse que la idea de “contrarrestar” era oponer a “la mentira contrarrevolucionaria la verdad revolucionaria”. Esto aparece expresado en varios documentos que traen a consideración expresiones del oficialismo. A modo de ejemplo, puede recuperarse un artículo publicado en Estrella Roja en junio de 1972 que planteaba una caracterización de los “enemigos del pueblo” en oposición a los guerrilleros desmintiendo la campaña ejecutada por López Aufranc que por medio de “proclamas contrarrevolucionarias” intentó darle elementos al “pueblo para que delate a los combatientes populares, dando cierta descripción de estos y sus costumbres”. EL PUEBLO RESPONDE A LÓPEZ AUFRANC. (1972, Junio). *Estrella Roja*, 13. En De Santis (2004b, p. 231). Algo similar sucedió a mediados del año '73 cuando aparecía explicitado que Perón era un verdadero líder de la contrarrevolución y se acudía a una cierta caracterización que pudiera demostrar esto y a su vez, se mencionaba que: “identificar claramente los amigos y los enemigos de las fuerzas populares es un punto de partida indispensable para una política revolucionaria. Toda confusión, la confianza en los enemigos y el alejamiento de los amigos constituye un debilitamiento enorme para la clase obrera y el pueblo”. Santucho, Mario Roberto. LAS DEFINICIONES DEL PERONISMO Y LAS TAREAS DE LOS REVOLUCIONARIOS. (1973, 20 de julio al 10 de agosto). Editoriales *El Combatiente*, 82 a 85. En De Santis (2004b, p. 74).

³² Para María Seoane, la tirada media de ambos periódicos fue “aproximadamente, de 10 mil ejemplares” mientras que “su tirada pública en 1973 alcanzó 50 mil ejemplares” (1991, p. 343). En cambio, algunos de los datos proporcionados por Pablo Pozzi difieren en forma significativa. Según se plantea entre los meses de mayo y agosto de 1973 “El Combatiente tiraba 21.000 ejemplares, en colores, distribuidos 15.000 en kioscos de diarios y 6.000 trabajados por la militancia”, mientras que la tirada de “Estrella Roja” sí está más próxima a lo apuntado por Seoane, esto es, “54.000 ejemplares (40.000 en kioscos y 14.000 a través de

la militancia)” (Pozzi, 2004, p. 173). Para Pozzi, luego de ese periodo las tiradas se redujeron a la mitad. Por otra parte, Mattini afirma que “con todo lo notable que fue “El Combatiente” sus ediciones no pasaban de los quince mil ejemplares (excepcionalmente se llegó a los veinticinco mil)” (Mattini, 2003, p. 350).

³³ Al respecto de la situación de clandestinidad resaltamos distintos aspectos que hacen posible dimensionarla. En primer lugar, la peligrosidad de las acciones propagandísticas donde el arresto o incluso el asesinato de los militantes aparece de forma reiterada. Al respecto, una editorial de “El Combatiente” N° 225, del miércoles 21 de julio de 1976 –por ejemplo- relata distintos momentos de la organización en el que varios combatientes terminaron asesinados y desmantelado el lugar donde se armaban las publicaciones. Aunque aquí podría aclararse, por otra parte, que la organización apareció resguardando más la arquitectura del partido que la vida del propio militante. En las resoluciones del Comité Central de Octubre de 1970, luego de advertir la falta del partido por no especificar la actitud que debía tomar un militante caído en manos del enemigo, se aclaraba: “Por ello es necesario dejar perfectamente en claro que un militante o combatiente de nuestro partido y de nuestra fuerza militar nunca canta, nunca da datos a la policía que puedan ser usados contra la organización... Siempre es posible que un detenido se entregue al enemigo. Pero el que lo hiciera será considerado un traidor y juzgado como tal”. RESOLUCIONES DEL COMITÉ CENTRAL. (1970, Octubre). En De Santis (2004b, p. 48). En segundo lugar, Mattini ha apuntado aquellos datos relacionados a “los costos materiales y humanos para mantener el ritmo” de una publicación semanal como “El Combatiente” que se “editaba en total clandestinidad, no sólo con regularidad, sino hasta con hora de cierre de edición” y que al mismo tiempo, debía ser repartida por la propia militancia (Mattini, 2003, p. 232). La cuestión de la “regularidad” y podríamos agregar la de la “calidad” constituyó una preocupación de la dirigencia. En una editorial de 1974 se explicaba que “el éxito de la propaganda depende fundamentalmente” de esos dos requisitos porque había que “tener una buena presentación que atraiga al lector y facilite su comprensión” mientras que, al mismo tiempo, se mantuviera presente que “para introducir con la propaganda las ideas correctas en la mente de las masas es necesario machacar semana a semana, combatir sistemáticamente la abundante y constante propaganda burguesa”. A su vez, la “regularidad” aparecía como uno de los “aspectos [más] descuidados de la propaganda masiva” y tenía una “enorme importancia... que se distribuya en el momento justo porque de lo contrario pierde gran parte de su efectividad”. LAS TAREAS CENTRALES DEL PARTIDO. (1974, 11 de septiembre). Editorial *El Combatiente*, 134. En De Santis (2004b, pp. 321-322).

³⁴ En el IV Congreso aparece por ejemplo que: “las exigencias de la conducción práctica muchas veces restan tiempo a la labor teórica”. Santucho, M. R., Prada, O. D. & Prieto, F. H. El único camino hasta el poder obrero y el socialismo. (1968, 25 y 26 de febrero). En De Santis, D. (2004, p. 146).

³⁵ Estamos pensando en las distintas fracciones que ha sufrido PRT-ERP a causa fundamentalmente de sus modalidades para resolver los propios conflictos: acudir a la lucha de clases en el seno del partido, a esquivar instancias de discusión que han estado emparentadas directamente con el peronismo, a desestimar o estigmatizar aquellos que por alguna razón decidieron abandonar el partido, etc. También, en las normas extremadamente restrictivas que exigía su manual de militancia.

³⁶ COMITÉ CENTRAL “ANTONIO DEL CARMEN FERNÁNDEZ”. (1974, 11 de septiembre). Boletín Interno, 67. En De Santis (2000, p. 315).

³⁷ TODO PATRIOTA PUEDE SER UN COLABORADOR DEL EJÉRCITO REVOLUCIONARIO DEL PUEBLO. (1973, 15 de agosto). *Estrella Roja*, 23. En De Santis (2000, pp. 96-97).

³⁸ UNA DEFINICIÓN CONTRARREVOLUCIONARIA. (1972, 28 de febrero). Editorial *El Combatiente*, 67. En De Santis (2004b, p. 214)

³⁹ LAS TAREAS CENTRALES DEL PARTIDO. (1974, 11 de septiembre). Editorial *El Combatiente*, 134. En De Santis, (2000, p. 320).

⁴⁰ Se sigue en este punto a Weber, Max (1996, pp. 51-54).

¹ Licenciada en Comunicación Social –Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata, Argentina y; doctoranda en Ciencias Sociales en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación, UNLP. Dicta la Asignatura Historia de las Ideas y Procesos Políticos en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP y se desempeña como investigadora en el Programa de Incentivos a la Investigación denominado “Periodismo y Revolución. Hacia el Bicentenario de Mayo de 1810. Estudios en Comunicación”. Es coordinadora editorial de la revista académica Cuadernos de H Ideas, órgano de divulgación del Centro de Estudios en Comunicación, Política y Sociedad de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP. Es responsable del sitio web de dicho centro: <http://www.perio.unlp.edu.ar/cps/index.html> Al respecto de la temática abordada, publicó “En búsqueda de una identidad revolucionaria” (estudio sobre el Frente Revolucionario Indo americanista Popular). Correo electrónico: sansantilli@gmail.com